

COLOQUIO DE SOMBRAS

A José Lezama Lima, *in memoriam*.

*Quando un poeta abandona su cuerpo
se suceden de pronto los más claros
signos del cataclismo: algunas llaves
desaparecen de los monederos
y se quedan exangües las calandrias;
uno presiente en el segundo cuarto
una forma invisible que se oculta
detrás de los armarios y el espejo;
uno ve que el amigo indiferente,
el que besaba el marco de la puerta,
trae los candelabros del delirio,
y aquel viejo poeta, el preferido,
lo asiste y lo acompaña, vete, déjalo,
quédate con el júbilo de tu
guadaña, no es el tiempo todavía,
y el que nadie conoce, con qué furia
lo invita a los deleites del paseo;
y la tarde se llena de tinieblas
y la mañana de hoscas risotadas,
y la dulce criada reconoce
que el llavín de la casa se hace polvo
como un símbolo de azogue irradiante,
y su casa, la casa del poeta,
que aniquila el oficio del bufón,
es el jardín del mundo, eternamente.*

*Uno quisiera ser entonces nadie,
despojarse de todos los anillos,
abrir la espuma roja de los barcos
y encontrarse unos espejuelos, unos
labios enamorados que ensimismen
de dardos el pensamiento del miedo.*

*Uno quisiera ser, uno quisiera
correr por las azoteas, amputando
los hospitales negros, los hoteles
extraviados en el mapa seráfico,
ir por los claustros de cal vengadora,
atormentado, críptico, sin rostro,
casi energúmeno, casi entre nubes.*

*Uno quisiera ser entonces río
levísimo, muñeco de azafrán,
un alguien que se dobla en la ceniza
y luego se transforma en un canguro,
un regalo de luz, una butaca
que entra a las candilejas sofocadas,
como el preludio fatal, la pesadilla,
el inefable zarpazo del amor,
los baúles perdidos en el circo,
la serenidad de la primavera
y el pavoroso grito de un fantasma,
rememorando a golpes la liturgia.*

*Cuando un poeta abandona su cuerpo
vemos la casa fiel de la amistad
en el vacío, unas piernas solemnes
que sollozan a la intemperie, sombras,
el brillo de algún ciste o el perfume
nostálgico del té, y el ruiseñor
está cantando, qué no dice, Dios
mío, la jarra de aluminio sola
y esta uña raspando y este frío,
adentro, como un peso, una guitarra
allá, la terca lejanía quema
y después del horror la claridad.*

*Ahora nos queda sólo el fresco bosque
de su amor por la música,
su delicia integrando contrapuntos,
contrapuntos de escarcha favorita
o favoritos círculos de asombro
que alivian los trajines de la nada.*

*Ahora nos queda sólo como un bálsamo
de yerbas insaciables, su ternura
a flor de piel; su sencilla elegancia
cuando entraba a la mesa y recreaba
las viejas porcelanas japonesas
del guerrero iracundo y el dragón,
pues la reina decía un silogismo
y el silogismo parodiaba enérgico
la llegada de las tropas austriacas
a un puente inexplicable, a un puente raro,
en el que vida y muerte entrelazadas
planeaban misteriosas jugarretas;
o la historia del ojo de la niebla
que celebra su vaga adolescencia
en las tumbas remotas del egipcio,
si el príncipe de turno demolía
vertiginosas torres y en las ruinas
Teodosio proclamaba una sentencia,
raptando a aquella esclava taciturna
que leía el oráculo de Delfos.*

*La oscuridad pasaba por su cuarto,
le hablaba y repetía su destino
de pirámide azteca y puntal gótico,
en un acto de gloria irrepetible,
por Cauthemoc y Vasco de Porcayo,
hermanando los días vegetales,
mientras Casal recita graves arias
junto al ahorcado y el cangrejo idiota
y respira una muerte que no es muerte.*

*Ahora nos queda sólo su belleza,
sus venturas criollas, el encuentro
de la anchurosa imagen develada
a lentos manotazos. Los alegres
pasillos del poema testifican
las torturas del asma y el gran caos.*

*Y nadie se aproxima al repetirse
en una fatigosa sinfonía
el ataque nocturno, Dios, qué pena,
sostente firme, el agua se derrama*

por las sábanas grises del insomnio,
yo estoy en vela, siempre en vela,
cuidando el baile de su respiración,
y la noche se vuelve un areíto
de pausados silbidos y silencios,
una lámpara abierta como un gesto
monocorde y austero y aun sombrío,
y los cuadros de Amelia y de Mariano
le llenan de programas generosos,
Portocarrero añade algún suspiro,
no te vayas tan pronto, tan temprano,
por las calles del Cerro las cucañas
veía procelosas y cordiales,
un enjambre distante de blancura
otoñal, de blancura intransferible,
ascendiendo y moliendo la cintura
de la ciudad blindada para el sueño,
anonadada y dulce como una piña
o la suave tajada del melón
que suponen locuras de grandeza
y el regocijo de la eternidad.

Abora nos queda sólo su nostalgia
de viajes coloquiales por Florencia
bajo el sol terracota, frente a frente,
como una antena prodigiosa
cuando el David se mueve, o el divino
frailuco que entonaba paraísos
—alas tal vez pesadas para el cielo,
no inmatriciales, siempre demasiado
las mismas, demasiado extravagantes—,
atormenta la clásica destreza,
la hermosura del reino de Leonardo;
o el diálogo descrito como a punta
de espadas, porque Oppiano Licario anda
estremecido, entornando una cláusula
nefasta; Nápoles, París, Toledo,
en un susurro caen, peregrinas
como evaporaciones de recuerdos
o recuerdos que asustan los recuerdos.
Yo volveré algún día, y nunca estuvo
o estuvo en el temblor de lo invisible,

*que es un estar presente más audaz,
mucho más peligroso y verdadero
que recorrer la plaza en el tumulto,
desconociendo el dédalo del sueño.*

*No estamos solos, no; intacto vive
en el verbo como un niño maldito,
como una flauta alucinada y honda
que reparte el fervor del caracol.
La perfección acuna los jazmines,
el enigma furioso de sus sueños
rozando una incendiada mascarilla.*

JOSE TRIANA

38, rue Pastourelle
75003 PARIS (Francia)